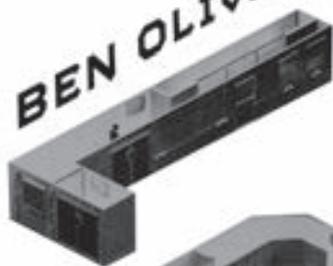




BEN OLIVER



EL CIRCUITO

DESTINO

Título original: *The Loop 1*

© 2020, Texto: Ben Oliver

Edición original en inglés publicada por primera vez en 2020 bajo el título THE LOOP. BOOK 1 por The Chicken House, 2 Palmer St, Frome, Somerset, BA11 1DS, Reino Unido

Traducción: Gerardo Hernández Clark

Diseño de portada: Maeve Norton

Ilustraciones de portada: © 2020 by Vault 49

Diseño de interiores: Angélica Carmona

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6824-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6876-7

El autor/ ilustrador afirma ostentar los derechos morales.

Todos los nombres de personajes y lugares utilizados en este libro son propiedad de © 2020, Ben Oliver y no pueden usarse sin permiso.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Día 736 en el Circuito

La cosecha comienza y lo único que existe es el miedo. Así ocurre siempre, todas las noches a la misma hora.

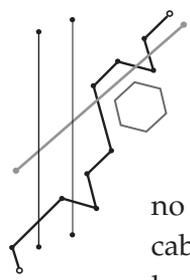
Pasan unos minutos, tal vez horas, es difícil saberlo, pero en determinado momento empiezo a alucinar.

Mi mente huye del dolor y del miedo, y ya no estoy en mi celda. Estoy en el techo del Vertical Black Road, la torre de departamentos de un kilómetro de alto donde vivía antes. El chico rubio grita y trata de sacar un arma del bolsillo mientras retrocede hacia la orilla del edificio, y la chica con la máscara de bruja está demasiado cerca. Si no hago algo, la matará.

—¡Atrás! —grita él con la voz quebrada por la ira y el temor.

Da un último jalón y logra sacar la pistola del bolsillo. Retrocede otro paso, aumentando la distancia con la chica de la máscara, y entonces apunta el arma hacia la cabeza de ella.

Mis ojos se abren de par en par. La cosecha ha terminado y yazco totalmente exhausto sobre el piso de concreto de mi pequeña celda gris. Los latidos de mi corazón son tan fuertes y rápidos que hacen eco en el tubo de cristal transparente que me rodea, desde el techo hasta el piso.



Trato de prepararme para lo que viene, de tomar aire, pero no hay tiempo. El agua fría cae desde el techo, fuerte e implacable, y estoy convencido de que me voy a ahogar. Siento que los pulmones me arden mientras el tubo empieza a llenarse con una mezcla de agua y químicos. Mi cuerpo exhausto me pide que respire oxígeno, pero si lo hago me asfixiaré.

Después de lo que parecen cien años, la rejilla se abre debajo de mí y la fuerza de la succión me atrae hacia el piso. El agua se filtra y me deja ahí, sofocándome y tratando de aspirar bocanadas de aire.

Yazco desnudo en el fondo del tubo, tosiendo sin control. A continuación llega el aire caliente, una ráfaga constante y tórrida que está a un paso de quemar mi piel descubierta.

Cuando por fin estoy seco, la corriente se detiene. El tubo se eleva y desaparece en el techo hasta el siguiente día. Durante mucho tiempo no puedo hacer más que quedarme inmóvil sobre el piso helado.

En el Circuito, esto es lo más cercano que tenemos a una ducha: un método de tortura con agua aprobado por el gobierno.

Pronto será la hora de la lluvia; todas las noches, a pesar del dolor provocado por la cosecha de energía, me obligo a mantenerme despierto y mirar la lluvia. Un aguacero de media hora se produce a medianoche, treinta minutos después del término de la cosecha.

—Feliz, habla conmigo —logro decir entre jadeos.

La pantalla montada en la pared cobra vida.

—Dime, recluso —responde. Una voz femenina y serena, casi reconfortante.

—Signos vitales —le ordeno.

—Frecuencia cardiaca: 201 y en descenso. Presión arterial: 140 sobre 90. Temperatura: 37.2 grados Celsius. Frecuencia respiratoria: 41...

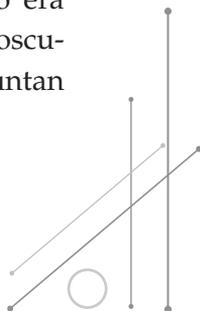
—Okey, okey —digo, interrumpiéndola—. Gracias.

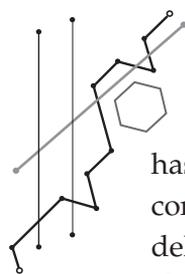
Me impulso para levantarme; las piernas me tiemblan y mis músculos deben esforzarse al máximo para realizar esta acción tan simple. Echo una ojeada a mi celda; la familiaridad me ayuda a estabilizar la respiración: las mismas cuatro paredes grises, desnudas excepto por una puerta de treinta centímetros de grosor en una de ellas, una pantalla en otra y una pequeña ventana en la pared posterior. Mi cama individual, con su manta delgada y su almohada plana; la taza de baño y el lavabo, ambos de acero inoxidable, en una esquina. No hay mucho más, aparte de mi pila de libros y una mesa soldada al piso.

Aún no me he recuperado en lo absoluto cuando veo la pantalla atenuada en la pared y noto que faltan cinco segundos para la medianoche. Exhausto, obligo a mis piernas a moverse y a dar pasos temblorosos, arrastrando los pies, hacia la pared posterior. Concentro mi atención en el cielo que se ve a través de la pequeña ventana rectangular.

Todavía respiro agitadamente, por lo que debo apartarme del cristal para no empañarlo.

Cientos de pequeñas explosiones destellan a lo ancho del cielo nocturno. No puedo escucharlas porque mi habitación está insonorizada, pero recuerdo cómo sonaban cuando era niño y casi puedo oír su desgarrador eco. Unas nubes oscuras surgen de la imagen residual de las explosiones y se juntan





hasta formar un manto oscuro que cubre el cielo. La lluvia cae con tanta fuerza que las primeras gotas rebotan en el concreto del patio. En segundos se forman grandes charcos y percibo el aroma. No es un aroma real, sino el recuerdo de cómo olía cuando era niño. Un aroma fresco, puro, que casi puedo sentir en mis fosas nasales si cierro los ojos. Cada vez que pienso en él me dan ganas de salir y sentir la humedad en mi piel, pero no puedo.

La lluvia marca el inicio de un nuevo día. Es 2 de junio, mi cumpleaños número dieciséis. He estado aquí más de dos años. Este es el inicio de mi día 737 en el Circuito.

—Feliz cumpleaños —susurro.

—Feliz cumpleaños, recluso 9-70-981 —responde la pantalla.

—Gracias, Feliz —murmuro.

Me acuesto y me digo que no debo llorar, que no serviría de nada, que no cambiaría nada, pero no puedo evitar que se me formen lágrimas en los ojos.

Siento la cercanía de las paredes, siento el grueso metal de la puerta que no puedo abrir, siento la futilidad de todo. Me digo que no debo aceptar las Prórrogas, que puedo rechazarlas, y asumir que estoy sentenciado a muerte y que la muerte es lo único que puede poner fin a esto. Que no tengo por qué seguir resistiéndome.

Esta sensación de futilidad, de desesperanza, es el resultado del liderazgo sin compasión, del enjuiciamiento sin misericordia, de permitir que las máquinas decidan el destino de los humanos.

Día 737 en el Circuito

Otra vez despierto antes de que suene la alarma.

Veo cómo la pantalla pasa de hibernar a brillar con intensidad.

Las 7:29 se vuelven las 7:30, y hablo a la par que suena la llamada para despertar.

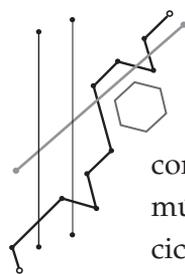
—Recluso 9-70-981. Hoy es jueves, 2 de junio. Día 737 en el Circuito. La temperatura al interior de tu celda es de 19...

—Omitir —murmuro mientras bajo las piernas de la cama y me pongo de pie.

—De acuerdo. Por favor, selecciona la opción de desayuno —solicita la voz.

Le pido a Feliz pan tostado y jugo de naranja.

Volteo hacia la pantalla. Hay una foto mía en la esquina superior izquierda. Me la tomaron el día que me encarcelaron y es especialmente mala: mi rostro tiene una expresión aturdida. Varias cicatrices de color claro destacan sobre mi piel morena. Mi nariz se ve aún más grande de lo normal y mis orejas sobresalen a los lados como las asas de una jarra. De haber sido rico, esos rasgos inusuales habrían sido objeto de una



corrección cosmética antes de mi nacimiento, pero soy un Común: tengo que vivir con mi narizota y mis orejotas, y con las cicatrices que adquirí después. Pero no me molesta; mi mamá solía decir que me daban personalidad. Debajo de la fotografía está la información que la pantalla me lee en voz alta todas las mañanas: la temperatura exterior, la temperatura dentro de mi habitación, la fecha y la hora, la cantidad de días que he estado preso y cuentas regresivas hacia las fechas de mi ejecución y la de mi siguiente Prórroga (la diferencia entre ambas es de solo un día).

El panel debajo de la pantalla se abre. La bandeja con mi desayuno se desliza hacia la mesita metálica.

El pan tostado está reseco y es difícil deglutirlo. Cuando termino, coloco la bandeja en el mismo panel del que salió. La cinta transportadora se la lleva.

Feliz vuelve a hablar.

—Recluso 9-70-981 —dice—. Hoy es jueves. Recibirás un uniforme limpio.

—Ah, sí —respondo al tiempo que despego la tira de velcro que recorre el frente de mi overol blanco y me descalzo sacudiendo los pies.

Me quito los calzoncillos (horriblemente almidonados y rasposos) y pongo el bulto de ropa sucia en la bandeja que avanza por la cinta transportadora. La ropa desaparece y yo espero, de pie y desnudo, en el centro de mi celda. Unos

segundos después aparece un conjunto de ropa limpia, doblada con cuidado y tiesa.

Coloco la ropa sobre mi cama y tomo únicamente los calzoncillos adicionales que solicité como parte de mi uniforme y que me fueron concedidos. Comienzo mi sesión de ejercicio: lagartijas, abdominales, sentadillas, dominadas en el marco de la puerta y media docena de variaciones de los mismos ejercicios, hasta que empiezo a chorrear sudor y me siento exhausto. Por lo regular me detengo al cabo de una hora, pero hoy quiero continuar; quiero seguir ejercitándome, quiero dejar atrás el dolor que intenta alcanzarme. Empiezo de nuevo: lagartijas, abdominales, sentadillas, dominadas. Continúo hasta que no puedo exigirles nada más a mis adoloridas extremidades.

Exhausto, me tiro en el piso y dejo que el dolor me alcance.
«Maddox está muerto».

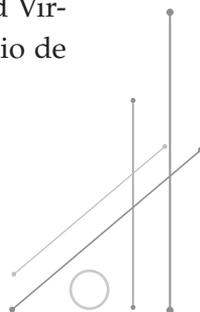
Acepto este hecho. Permito que me pase por encima, que se asiente.

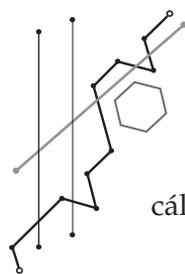
Me aseo con el agua de mi reducido lavabo y me seco con mi toalla. Al final me pongo mi uniforme de prisión limpio.

—Recluso 9-70-981 —dice Feliz—, prepárate para la alocución diaria del supervisor de la Región 86, el señor Galen Rye.

—Genial —digo entre dientes al tiempo que me siento en la cama de cara a la pantalla.

En toda la ciudad y en las poblaciones de la periferia, los proyectores Barker dejan de vomitar sus anuncios holográficos; los Lentes suspenden todos sus juegos, realidades aumentadas y funciones sociales; cada televisión, Módulo de Realidad Virtual y pantalla se ve forzado a transmitir el mensaje diario de Galen.





Su rostro aparece en mi pantallita de la prisión: amigable, cálido, seguro de sí.

—Buenos días, ciudadanos —comienza Galen con esa sonrisa pícaro tan característica—. Sé que son gente ocupada, así que seré breve.

No tengo interés en esas transmisiones políticas diarias, pero, si se rompe el contacto visual, la filmación se pone en pausa hasta que el espectador vuelve a mirarla. Lo mejor es terminar con el asunto de una vez por todas.

—Mi compromiso de aumentar el número de empleos de ingeniería está rindiendo frutos, y quiero garantizar personalmente que cincuenta por ciento de esos empleos no robóticos estarán reservados para Comunes. No somos la nación dividida que los medios de comunicación pretenden presentarles; eso no ocurrirá mientras yo sea Supervisor.

Pongo los ojos en blanco y, en ese segundo en que no miro la pantalla, Galen se queda inmóvil con un dedo en alto. Cuando lo miro de nuevo, continúa hablando acerca de sus políticas y de cómo la Región 86 es más próspera de lo que ha sido en los últimos cincuenta años, lo cual resulta, en el mejor de los casos, cuestionable. Su alocución termina con el cierre acostumbrado: «Como uno».

Dedico las siguientes dos horas a leer. Soy afortunado: hice amistad con una empleada humana del Circuito, la guardia Wren Salter, más o menos al año de que me encarcelaran. Colecciona libros antiguos; no los electrónicos que se leen en un lente, sino los originales, los de papel. Cada tres segundos, las celdas del Circuito son escaneadas para verificar que el reo no haya escapado y que no haya aparatos electrónicos de contrabando, de manera que los antiguos libros de papel son los

únicos que pueden meterse furtivamente. Tengo ciento ochenta y nueve libros apilados al pie de la cama, desde libros de vaqueros de hace trescientos años, con páginas amarillentas, textos desteñidos en las orillas y olor a humedad, hasta los últimos libros de papel impresos en serie, más o menos de la época en que nací.

Si un libro es realmente bueno, puedo leerlo en un día. Hay algunos a los que vuelvo una y otra vez, historias tan buenas, personajes tan bien escritos, que no se olvidan, y me pregunto si fueron populares cuando se imprimieron. *Parentesco*, *Harry Potter*, *La vida de Pi* y *La mano izquierda de la oscuridad*, por ejemplo.

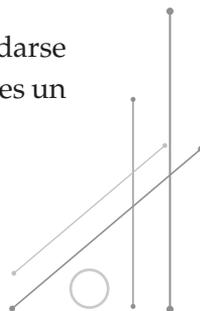
Ahora voy a la mitad de un libro sobre una familia atrapada en un hotel embrujado. Es de un autor que me agrada; he leído al menos cinco de sus libros y puede que este sea el mejor hasta ahora.

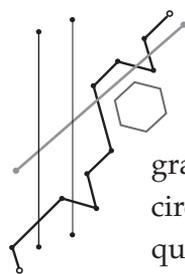
Lo que me gusta de los libros es que por un momento me permiten escapar a un lugar creado por alguien más. Mientras permanezca en ese mundo, no tengo que ser quien soy ni estar donde estoy, y a veces eso es justo lo que necesito. En ese sentido, supongo que no soy tan diferente de los drogadictos que viven en las torres y los barrios bajos de la periferia.

A las 11:30, la pared posterior de mi habitación empieza a elevarse poco a poco. No hace ruido, pero oigo los pájaros y siento el viento y la calidez del sol. Dejo a un lado el libro y me paro frente a la pared mientras sube.

Tenemos una hora de ejercicio al aire libre al día. Yo dedico cuarenta y cinco minutos de esa hora a correr por el perímetro de mi amurallado patio triangular.

Solo cuando la puerta está del todo abierta puede uno darse una idea de la forma de la prisión. Como es de suponerse, es un





gran circuito; de ahí el nombre. El Circuito tiene un kilómetro de circunferencia, ciento cincuenta y cinco celdas y una abertura que constituye la única vía de entrada o salida: el Tren Oscuro, conectado al Circuito mediante un sistema de túneles. Cada celda mide tres metros en su parte más ancha y dos metros y medio en la pared que se abre al patio. La pared de concreto de cada lado mide un metro, y medio metro la losa; esto las hace a prueba de ruido, a prueba de escape y prácticamente a prueba de bombas. A cada reo le corresponde una porción del patio, un área de casi sesenta metros de largo que continúa la forma triangular de su celda y va a dar a la enorme columna de concreto que está en el centro, en cuya cima están los drones.

La hora de ejercicio es el único momento en que los reos podemos interactuar. No nos vemos, los muros de quince metros de alto que nos separan nos lo impiden, pero hablamos. Cuando la pared posterior está ya a media altura, puedo oír los gritos de todos los demás reos. Escucho a Pander Banks cantando una de las siete canciones que recuerda del mundo exterior. Cuando termina de cantar las siete, vuelve a empezar con la primera.

Escucho los drones al otro lado del patio, zumbando y lanzándole advertencias a Malachai Bannister, quien disfruta trepar por las paredes y esperar a que los guardias robóticos de seguridad lleguen al «uno» en su cuenta regresiva de tres segundos antes de soltarse y caer al piso riéndose. A unas cuatro o cinco celdas a mi derecha escucho a Pod y a Igby, dos de los reos más silenciosos, quienes continúan con su extraño juego de aventuras que juegan con cinco dados cada uno, los cuales Wren metió a escondidas en sus celdas. Deben de ser

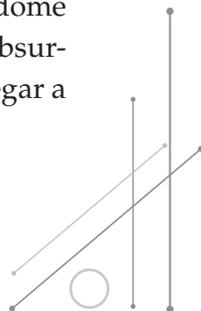
sumamente honestos o extremadamente crédulos, pues ninguno puede asomarse sobre el muro para verificar la tirada del otro.

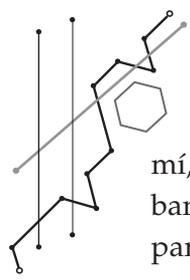
A ambos lados escucho a los planificadores, un grupo de cuatro reos —Adam Casswell, Fulton Conway y Winchester Shore a mi izquierda, y Woods Rafka a mi derecha—, quienes discuten maneras de escapar y cuyas ideas van de lo absurdo (usar la tecnología de los drones para salir volando por encima de las paredes) a lo ingenioso (un ataque coordinado que implica el uso de las Prórrogas y el secuestro del Tren Oscuro). Saben tan bien como cualquiera que escapar del Circuito es imposible; además, saben que todo lo que decimos queda grabado y que el gobierno tiene acceso a las cámaras estenopeicas que tenemos implantadas quirúrgicamente en el centro de la frente (aunque dicho acceso sería ilegal); sin embargo, nada de eso los disuade.

Pero, pese a esta algarabía, escucho una voz ronca que anuncia una y otra vez su intención de matarme. Repite mi nombre sin cesar, desde que la pared posterior se abre hasta que se cierra. Todos... los... días.

—¡Luka Kane! —grita—. ¡Luka Kane, te voy a matar!
¡Luka Kane, te voy a matar!

El chico llegó al Circuito un día después que yo y ha estado haciendo declaraciones asesinas durante 736 días. Admito que al principio me asustó: no salía de mi habitación por más de un segundo; daba un paso en el patio y de inmediato regresaba a mi celda. Esa acción le indicaba a Feliz que yo ya no quería estar afuera y la pared posterior se cerraba, dejándome de nuevo en silencio. No tardé mucho en comprender lo absurdo de mi conducta: no había manera de que él pudiera llegar a





mí, de que pudiera trepar los enormes muros que nos separaban: son demasiado altos y, si lo intentara, los drones le dispararían y lo llenarían de veneno.

La guardia me dijo que el chico se llama Tyco Roth. Lo peor de todo es que no tengo idea de quién es ni de por qué quiere matarme.

Por fin, la pared de mi celda llega al techo y salgo corriendo al patio. Corro lo más rápido que puedo, esforzándome al límite. Veo cómo crece la columna central en mi campo de visión según me acerco y reduzco la velocidad lo suficiente para tocar su fría superficie con mi palma y correr de regreso a la entrada de mi habitación. El recorrido de ida y vuelta toma menos de veinte segundos, y lo repito una y otra vez hasta que empiezo a respirar de manera superficial y dolorosa, y siento ardor en los músculos. Siento que se acumula el ácido láctico en mis piernas; ignorando el dolor, redoblo esfuerzos. Es un acto de rebelión, mi manera de expresarle al gobierno lo que pienso de sus cámaras de tortura.

Corro hacia el centro de mi patio. Las paredes que me separan de los dos patios adyacentes están tan cerca que puedo tocarlas y pienso en el área vacía que está a mi derecha. Esa celda está desocupada desde hace dos días. Era de Maddox Fairfax, mi mejor amigo, un Común que estaba a tres meses de ser transferido al Bloque. Maddox había sorteado su destino con once Prórrogas hasta que llegó la última, una cirugía. Le sacaron los ojos y los sustituyeron con prototipos de prótesis, una mezcla de tecnología con tejidos cultivados en laboratorio. Sus ojos nuevos funcionaron por un tiempo. Cuando Maddox regresó al Circuito tenía mucho dolor; las puntadas y la inflamación todavía eran recientes, pero era capaz de decirme las

dimensiones exactas del patio con solo ver de una pared a otra, sabía cuántos litros de agua se necesitaban para llenar el tubo de la cosecha y, si un avión pasaba volando, podía determinar su altitud, su dirección exacta y su velocidad.

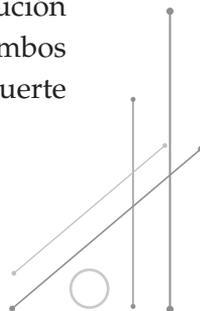
Pero un día dejó de ser el Maddox de siempre. Su cuerpo rechazó las prótesis; el tejido se infectó. Se lo llevaron en el Tren Oscuro para hacerle estudios y nunca regresó.

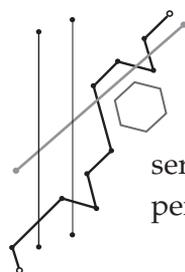
Ese es el riesgo que corremos al aceptar las Prórrogas. Rezamos porque se trate de una prueba de nanotecnología o de una inyección cosmética que elimine todo el vello corporal o cambie el color de los ojos, pero de vez en cuando se llevan a un reo para su Prórroga, lo regresan y, cuando se abre la pared posterior para la hora de ejercicios, lo oyes gritando de dolor porque los médicos le cortaron las piernas o le sacaron los pulmones o el corazón y los reemplazaron con algo nuevo, algo robótico.

Las Prórrogas benefician a los Alts. Los experimentos sirven para probar productos nuevos que mejoran la vida de la gente adinerada; los que estamos en el Circuito somos simplemente los conejillos de Indias de los ricos.

Pienso en Maddox, en cómo me orientó durante esas primeras semanas después del juicio, después de que Feliz me declarara moralmente consciente de mis acciones y culpable de mis crímenes.

Maddox me habló en mi cuarto día en el Circuito, el primer día en que me atreví a permanecer en el patio más de unos pocos segundos. Hablamos sobre las Prórrogas, sobre el hecho de que tenía más sentido rechazarlas y aceptar nuestra ejecución en vez de someternos a la voluntad de gobierno, pero ambos sabíamos que es casi imposible rechazarlas. Elegir la muerte





sería como escupirle en la cara a la esperanza y, por más desesperada que sea nuestra situación, la esperanza muere al último.

Seis meses después, cuando me ofrecieron mi primera Prórroga verdadera (después de la primera cirugía obligatoria, en que se implanta el mecanismo antiescape), me quedé mirando la pantalla durante un largo tiempo. Sabía que un día aceptaría el contrato de Prórroga y que se trataría de una amputación, de un remplazo de hueso, de una transfusión de sangre sintética que sustituiría la mía, y que fracasarían y yo moriría gritando de dolor. Los científicos del Hospital, el lugar donde se administran las Prórrogas, no practican la eutanasia. Llevan de regreso al paciente para tenerlo en observación y lo vigilan las veinticuatro horas, los siete días de la semana, hasta que muere. Ni siquiera le dan analgésicos: estudian segundo a segundo las grabaciones de las cámaras y observan cómo el cuerpo rechaza la nueva extremidad, cómo el nuevo páncreas deja de funcionar o cómo las venas reforzadas se desgarran. Registran el nivel de dolor del paciente y la manera en que su cuerpo reacciona al experimento fallido; luego hacen ajustes y repiten la prueba con otro reo.

Dicen que en el Bloque es peor. Dicen que las Prórrogas son cada seis semanas, y no cada seis meses. El Bloque es un hospital más reciente; se terminó de construir hace siete años. No se sabe mucho sobre lo que pasa ahí adentro, pero hay rumores, rumores terroríficos, sobre torturas, dolor y condiciones mucho peores que las del Circuito. A los reos los mandan al Bloque cuando cumplen dieciocho años. Faltan setecientos treinta días para que sea mi turno.

Reprimo todo pensamiento sobre Prórrogas, sobre el Bloque, sobre sentencias de muerte y sobre Maddox, y me enfoco

en correr. Al final caigo exhausto contra la pared que divide mi patio del que solía ser de Maddox. Aspiro el aire cálido y me pregunto qué sentirán los Alts al respirar; los sistemas de Reabastecimiento Mecanizado de Oxígeno, que rempazan el oxígeno de la sangre, son siete veces más eficientes que sus pulmones originales, y los Monitores Pulmonares Automatizados, que ocupan el lugar de su corazón, limpian y bombean en silencio la sangre por sus venas.

Los superhumanos, los ciborgs, los Alterados: los que miran a los Comunes como si no valiéramos nada.

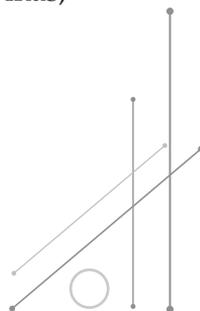
Cuando ya casi recupero el aliento, a la izquierda escucho palabras sueltas de una conversación a unos cuantos patios de distancia. Me levanto y me acerco a la pared opuesta. Entre el canto y los gritos, por debajo de las incesantes amenazas de muerte de Tyco Roth, percibo fragmentos de una conversación entre un chico y una chica. Hablan sobre algo que está pasando en el mundo exterior. Reconozco las voces: son Alistair George y Emery Faith.

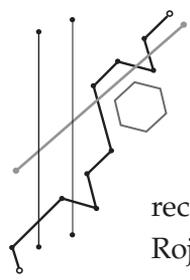
—Hablan de agitación social, de que los Comunes se van a rebelar... —dice Alistair, pero su acento irlandés se funde en el caos y el final de la frase resulta inaudible.

—¿Cómo? —replica Emery—. ¿Cómo piensan lograrlo? Sería una lucha perdida.

—Están hablando de guerra. Dicen que... —Una vez más, pierdo el rastro de la voz de Alistair.

—Alistair, no ha habido guerras en cien años.





—No, pero ¿qué hay de toda esa gente que está desapareciendo de la ciudad? Oí que están ocultándose en las Zonas Rojas. ¿Qué tal si...?

Me esfuerzo por oír más, por captar una frase completa entre la cacofonía, pero las sirenas aúllan en el patio, poniendo fin a la conversación, seguidas por la voz de Feliz, que nos informa que tenemos un minuto para regresar a nuestras celdas. Solo para recordarnos qué ocurriría si desobedeciéramos la orden, los drones apostados en la cima de la columna central se elevan y apuntan sus armas a los reos, uno por uno. Escucho las últimas despedidas, las últimas notas de la canción de Pander y los últimos gritos de Tyco mientras los reclusos del Circuito regresan a sus habitaciones para otro día de silencio y soledad.

Espero sentado en mi cama mientras la pared se cierra e intento disfrutar el murmullo de la brisa antes de que regrese el silencio.

Pienso en la conversación entre Emery y Alistair. Estaban hablando de una guerra en el mundo exterior, pero eso es imposible. El planeta está regido por un gobierno, y ese gobierno obedece a la lógica irrefutable de Feliz. Y hay otra razón para descartar los rumores: es imposible que dos reos del Circuito tengan información sobre el mundo exterior. No hay horas de visita, no hay programas de televisión, no hay Lentes, no hay Visión Lúcida, ni siquiera hay Realidad Virtual, y aunque Feliz es el sistema operativo que usan todos estos aparatos, no hay manera de tener acceso a la información, ni siquiera mediante la pantalla. Nuestro único contacto cara a cara es con la guardia, Wren, quien por orden del gobierno nos visita una vez

al día para traernos la comida. Las autoridades lo consideran un acto de compasión (la sugerencia fue de Feliz, por supuesto), y la gente se siente tranquila al saber que los criminales no son tratados del todo como animales.

La última vez que vi a una persona del mundo exterior que no fuera un guardia, un carcelero o un médico del Hospital fue cuando los policías me sacaron de mi casa. Esa persona era mi hermana, Molly, que lloraba y me gritaba que no me fuera.

Ese fue mi último día de libertad; me llevaron a la estación, donde confesé mis crímenes. Fui juzgado por Feliz y trasladado al Hospital, donde me abrieron las muñecas para implantar núcleos magnéticos enrollados en cobalto, y luego el pecho, donde conectaron el aparato a mi corazón. Fue mi primera Prórroga; todos los reos del Circuito son sometidos a esta cirugía, mediante la cual nos controlan y previenen motines e intentos de fuga.

Trato de reprimir estos pensamientos; son recuerdos tristes del final de mi vida real y del comienzo de esta rutina, esta repetición de días en los que nunca pasa nada y nunca cambia nada, y en los que, si el Gobierno Mundial se sale con la suya, nada cambiará.

—Feliz —digo volteando hacia la pantalla.

—¿Sí, recluso 9-70-981? —responde la pantalla.

—Reproducción de cámara Panóptica: día 733 en el Circuito. Hora: 11:45 am.

—Enseguida —responde la pantalla.

Estadísticas y números desaparecen y dan lugar a la grabación de la cámara Panóptica implantada en mi cabeza.

